
Tras la lectura de un fragmento de la novela “Los pilares de la tierra” de K. Follet, que contiene la descripción de la iglesia de Saint Denis.

“En el interior, se producía un cambio inmediato. Antes de la propiamente dicha había una entrada baja o nártex. Al mirar hacia el techo, no pudo evitar sentirse excitado. Allí los constructores habían recurrido a una combinación de bóveda de nervios y arcos ojivales. Se dio cuenta de inmediato que ambas técnicas se emparejaban a la perfección. La gracia de los arcos ojivales se acentuaba con nervios que seguían su línea.

Pero aún había más. Entre los nervios, aquel constructor había colocado piedras como en un muro en lugar de la usual maraña. argamasa y mampuesto. Jack comprendió que, al ser más fuerte la capa de piedras, podía ser más delgada y por lo tanto más ligero. Mientras miraba hacia arriba ladeando el cuello, descubrió que aquella combinación presentaba otro rasgo novedoso. Podía hacerse que dos arcos ojivales de anchos diferentes adquiriendo la misma altura solo con ajustar la curva del arco, lo cual daba al intercolumnio un aspecto más natural, en tanto que eso no es posible con arcos. La altura de un arco de medio punto era siempre la mitad de su ancho, de manera que un arco ancho había de ser más alto que otro estrecho. Eso significaba que, en un intercolumnio rectangular, los arcos estrechos habían de irrumpir desde un punto más alto del muro que los anchos, a fin de que, en la parte superior todos quedaran al mismo nivel y el techo resultara uniforme. El resultado siempre había sido sesgado. Ahora ya estaba solucionado ese problema.

Jack bajó la cabeza para dar un descanso a su cuello. Se sentía tan jubiloso como si le hubieran coronado rey, Así es como construiré mi catedral, se dijo.

Dirigió la mirada al cuerpo central de la iglesia. La nave propiamente dicha era, a todas luces muy vieja, pero relativamente larga y ancha. Había sido edificada hacía muchísimos años, por un constructor diferente del actual y era convencional por completo. Pero luego, en la crujía, parecía como si hubiera escalones hacia abajo, que sin duda conducían a la cripta ya las sepulturas reales, mientras otros se dirigían hacia arriba, hacia el presbiterio. Daba la impresión de que este se hallara flotando un poco, a cierta distancia del suelo. Desde el ángulo en que él estaba, la estructura quedaba oscurecida por la deslumbrante luz del sol que entraba por las ventanas del ala este, hasta el punto de que Jack pensó que los muros no estarían terminados y que el sol entraría por los huecos. Cuando Jack salió de la nave al crucero, vio que el sol entraba a través de hileras de ventanas altas, algunas con vidrieras de colores y los rayos del sol parecía inundar toda la inmensa estructura de la iglesia con luz y calor. Jack no alcanzaba a comprender cómo se las habían arreglado para disponer de un espacio tan grande de ventanas. Parecía haber más ventanas que muro. Estaba maravillado. ¿Cómo habían logrado hacerlo de no ser por magia?

Mientras subía los peldaños que conducían al presbiterio, sintió un estremecimiento de temor supersticioso. Se detuvo al final de ellos y atisbó en la confusión de haces de luces de colores y de piedras que tenía ante sí. Poco a poco, fue abriéndose paso la idea de haber visto ya algo semejante. Pero en su imaginación. Esa era la iglesia que había soñado construir; con sus amplias ventanas y onduladas bóvedas, una estructura de luz y aire que semejava mantenerse por arte de encantamiento.

Un instante después, lo vio desde un prisma diferente. De repente todo encajó y, en un destello de revelación, Jack vio lo que habían hecho el abad Suger y su constructor.

El principio de la bóveda de nervios consistía en hacer un techo con algunas nervaduras fuertes, rellenando con material los huecos entre ellas. Habían aplicado ese principio a toda la construcción. El muro del presbiterio consistía en algunos pilares fuertes unidos por ventanas. La arcada que separaba el presbiterio de sus naves laterales no era un muro sino una hilera de pilares unidos por arcos ojivales, dejando amplios espacios a través de los que la luz de las ventanas podía penetrar hasta el centro de la iglesia. La propia nave se hallaba dividida en dos por una hilera de columnas.

Allí se habían combinado arcos ojivales y bóvedas de nervio al igual que en el nártex. Pero ahora ya se hacía evidente que este había sido un cauteloso ensayo de la nueva técnica. En comparación con lo que

tenía delante el nártex era más bien recio, con sus nervios y molduras demasiado pesadas y sus arcos en exceso pequeños. Aquí todo era delgado, ligero, delicado y airoso. Incluso los sencillos boces eran todos estrechos y las columnillas largas y esbeltas.

Hubiera dado la sensación de ser demasiado frágil salvo por el hecho de que la nervadura demostraba con toda claridad que el peso de la construcción lo soportaban los estribos y las columnas. Aquello era una demostración irrefutable de que un gran edificio no necesitaba muros con ventanas minúsculas y estribos macizos. A condición de que el peso se hallara distribuido con precisión exacta sobre un armazón capaz de soportar peso, el resto de la construcción podía ser un trabajo ligero en piedra, cristal o, incluso, un espacio vacío. Jack se sentía hechizado. Era casi como enamorarse. Euclides había sido una revelación, pero eso era algo más que una revelación, porque también era bello. Jack había tenido visiones de una iglesia como aquella y, en momentos, la estaba contemplando en la realidad, tocándola, en pie debajo de su bóveda que parecía alcanzar el cielo. “